

La Dimensión Social de la Eucaristía (2)

Textos bíblicos: (Mt 25,31-46; Lc 22,19; Mc 14,24)

Textos del Magisterio para profundizar: (NMI 43; DA 407ss)

La presencia real de Jesucristo en los pobres

El Papa Benedicto XVI nos recordaba que “junto a la presencia real de Jesús en el sacramento, existe aquella otra presencia real de Jesús en los más pequeños, en los despreciados de este mundo, en los últimos, en los cuales Él quiere que lo encontremos” (Joseph Ratzinger, *Meditazione sul Venerdi Santo*, 1973)

La Iglesia latinoamericana ha dado en este sentido una gran contribución a la Iglesia universal, cooperando a retomar ese **amor preferencial por los pobres** que es dimensión esencial del Evangelio, después de un arduo trabajo de discernimiento. Por eso, el papa Francisco no se cansa, con las palabras y los gestos, de poner ante nuestros ojos la realidad de un Dios que, siendo rico, se abajó en la pobreza y quiso que lo reconociéramos en el rostro de los pobres.

Son **los rostros** que se encuentran en las periferias miserables de las grandes ciudades, en los niños de la calle, en los ancianos solos y empobrecidos, en los que sufren situaciones de desocupación e incluso de hambre, en las víctimas de la violencia, en los inmigrantes y refugiados, en los enfermos abandonados, en quienes ofuscan su dignidad por el alcohol y la droga, en las víctimas de la trata de seres humanos, en los más indefensos que son los niños por nacer sometidos al crimen abominable del aborto. Son esos **rostros** con los que convivimos y que los Obispos latinoamericanos reconocían interpelantes en el documento final de la V Conferencia General del Episcopado latinoamericano en Aparecida. (Aparecida, nn. 407 y ss)

Entregar la vida por los demás

La institución de la Eucaristía y la muerte de Jesús en la Cruz, signo de su amor redentor, son un único misterio. El gesto profético en la última Cena ofreciendo su cuerpo “entregado” y su sangre “derramada” por muchos (Lc 22,19; Mc 14,24), anuncia e interpreta la muerte ya inminente de cruz. Jesús abraza todo posible sufrimiento de la persona, cargando «con la iniquidad de todos nosotros (Is 53,2-6; Gal. 3,13; Ef. 2,14-17).

Es el “**cordero de Dios que quita el pecado del mundo**” (Jn. 1, 29), víctima inocente que se da a sí mismo, que ofrece su propia vida, en obediencia y para glorificación del Padre. Tenemos que ser protagonistas de esa potencia transformadora del amor de Dios en nuestra propia vida, en la vida de nuestro matrimonio y familia, en los ambientes de trabajo, en el ejercicio de la política que busca el bien común. No hay fuerza más revolucionaria y más constructiva que el amor verdadero.

Ya lo decía también el Beato Pablo VI: “La Eucaristía (...) ha sido instituida para que seamos hermanos (...), para que de extraños, dispersos e indiferentes unos a otros, lleguemos a ser uno, iguales y amigos; se nos ha dado para que , en lugar de una masa apática, egoísta, formada por gente dividida entre sí y hostil, seamos un pueblo, un verdadero pueblo, creyente y amante, con un solo corazón y una sola alma” (Beato Pablo VI, Insegnamenti di Paolo VI, Vaticano 1966, III, p. 358).

Si hemos verdaderamente participado de la Eucaristía, no podemos vivir como extraños sino que ha de ser sorprendente **la fraternidad**, la amistad que experimentamos, cuando los otros nos vean deberían decir «¡**Miren cómo se aman!**», siendo así testimonio de un mundo nuevo en el amor y la verdad. La Iglesia es “**casa y escuela de comunión**” para bien de todas las comunidades humanas (NMI 43).

No hay comunión sin reconciliación. “Dios no acepta el sacrificio de quien está en discordia –escribe San Cipriano– y le manda que antes se retire del altar a reconciliarse con su hermano (...). El mejor sacrificio para Dios es nuestra paz y concordia fraternas y un pueblo unido, como están unidos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo” (San Cipriano).

Al término de la Eucaristía se nos envía a concretizar en nuestra vida de cada día la caridad compartida en la liturgia sacramental. Es la vida el lugar final de la Eucaristía. Así como Cristo **lava los pies** de los apóstoles en **la última cena**, así también nosotros estamos llamados, como Cristo, a servir y dar la vida por nuestros hermanos.

Reconstruir los vínculos de comunión entre nosotros

Hoy se trata de reconstruir los vínculos humanos, las moradas humanas de las personas y el tejido social, allí donde está la célula familiar, la comunidad de trabajo, los círculos de amigos, la relación de buena vecindad, las compañías por afinidades ideales, las más diversas libres iniciativas y obras de auto-organización popular.

Esta vasta y ardua tarea de reconstrucción del tejido social requiere una educación de la persona a la **libertad, responsabilidad, laboriosidad y solidaridad**, asumiendo con seriedad la propia vida y por eso también la de sus prójimos. Se necesita educar y movilizar las mejores energías humanas de la persona y de las comunidades. La **participación** es fundamental, desde la base hasta la cúspide de la pirámide social, suscitando una auténtica **democracia participativa** y poniendo realmente **el Estado al servicio de la sociedad**.

Monseñor Ángel Antonio Recinos Lemus
Artículo para el Boletín “Tiempo de Dios”

